

# A QUÉ HUELEN LAS ESTACIONES

M. M. Castellano

Image not found.

# Capítulo 1

## ¿A QUÉ HUELEN LAS ESTACIONES?

Sí, sí. Las estaciones. Y no me refiero a las de autobús, que por otra parte también tienen sus olores particulares. Bueno, menos la de mi pueblo natal, donde directamente no hay estación. Sin embargo, no pretendo debatir acerca de la pésima infraestructura de transportes de mi patria querida. De ahí no puede salir nada bueno.

El caso es que me estoy refiriendo a las estaciones del año. Así pensaréis incluso que estoy más loca que si hablara de las de autobús, de esas que no hay en mi aldea. Pero lo cierto es que, y espero que a alguien le pase igual que a mí, los cambios de estación me traen ciertos recuerdos asociados a los olores que los acompañan. Sobre todo, cuando dicho cambio implica una variación climática notable. Vamos, que se nota verdaderamente ya más frío o más calor, en resumidas cuentas.

Por ejemplo, con la llegada del otoño, los olores me transportan a la vuelta al cole. Huele a mochila nueva, a las colas de las papelerías para comprar los libros y el material escolar... Pero, sobre todo, me llegan aromas a libro nuevo. ¡Oh! Olor tan maravilloso. Ya le gustaría al perfume de Cacharel desprender un aroma tan exquisito. ¿Será una táctica ancestral de libreros y editoriales para engancharnos a la lectura y al aprendizaje? Para muchos parece que no ha surtido efecto, pero en el mío sí, y mucho. Pasé de aquellos divertidos libros del colegio con dibujos que aun hoy me parecen fantásticos a otros de tinte más serio (no siempre). Eso sí, siempre aplicando el riguroso control olfativo.

La llegada de la primavera también me trae olores nostálgicos, aunque más difíciles de explicar. Hoy, por ejemplo, al abrir la ventana de la habitación, ha entrado una ráfaga de aire fresco con la que me he dicho: «Ya huele a primavera». Por un lado, me ha olido a heladería. Supongo que porque en el pueblo la abrían en primavera. Sí, 'la' abrían, en singular. Solo había una. Qué tiempos en los que únicamente ofrecían seis sabores para elegir: limón, fresa, chocolate, vainilla, leche merengada (¿seguirá existiendo?) y *stracciatella*. Este último era de lo más moderno.

Por otro lado, me ha venido olor a los paseos con las amigas calle arriba calle abajo. Sí, 'calle', en singular. Las discusiones con mi madre se intensificaban en esta época del año, porque con la llegada del buen tiempo, quería pasar todas las tardes fuera de casa. Con la adolescencia, a ello se sumaba mi insistencia por renovar mi armario con prendas primaverales. Puede que esto carezca de importancia para las personas de ciudad, pero para una chica de provincias esto implicaba un viajecito en coche a otra localidad donde hubiera alguna tienda del grupo Inditex, que por aquel entonces ni se sabía qué era. O Blanco, esa cadena olvidada que

nos volvía locas.

La conclusión de todo esto es que las estaciones sí que tienen olor, pero no en el sentido estricto de la palabra. Son sensaciones que relacionamos con momentos concretos de nuestro pasado. En mi caso, agradables, en otros, puede que no. Sin embargo, me resulta curioso cómo una simple ráfaga de aire es capaz de hacer recordar ocasiones tan concretas de nuestra vida. Por esto, os recomiendo que os dejéis de tanto ambientador y abráis más las ventanas.